

LA VIDA RELIGIOSA HOY CONTESTADA⁴

Mientras en algunas Iglesias protestantes comienza a esbozarse un movimiento a favor de la "Vida Religiosa" y su naturaleza a ser examinada con mucho interés, la Iglesia Católica, en cambio, se encuentra en plena crisis sobre este punto. Una crisis profunda, sumamente dolorosa. Se manifiesta en diversas formas entre las cuales las dos más significativas son, por una parte la disminución cada vez mayor de ingresos en el noviciado, y por otra, el número creciente de salidas, algunas de las cuales bastante espectaculares. De ahí una angustia avasalladora. Una comunidad de trescientos miembros que en dos años ve disminuida en una cuarta sus efectivos válidos -debido a la muerte de los mayores, a la falta de vocaciones y a las defecciones- difícilmente puede vivir en el optimismo. Se hace necesario cerrar las casas, hacer nuevos grupos en los puntos más neurálgicos del compromiso apostólico. Todo ello disminuye aún más las posibilidades de atraer a los jóvenes y los lleva a preguntarse si vale la pena dar el paso definitivo de entrar "usque ad mortem" en un organismo que les parece sin un futuro serio ¿Por qué condenarse a vegetar en una existencia reducida a una situación límite, cuando tantos otros caminos se abren a su generosidad apostólica, sobre todo en la Iglesia postconciliar?

Una contestación que proviene desde fuera de las comunidades

Los motivos de esta crisis, muy semejante en muchos aspectos a la que tuvo lugar en las Ordenes Religiosas en el momento de la Reforma protestante, son numerosos. Estos tienen origen en diversos planos de la realidad eclesial. Un primer indicio, tal vez el más importante, proviene de un horizonte más amplio que el de la Vida Religiosa como tal. Se trata de la grave "contestación" que se da hoy en toda la Iglesia. Cuestiones de radical importancia, que antes del Concilio dormían en el fondo de las conciencias sin osar manifestarse exteriormente, surgen por todas partes a raíz del clima de libertad creado por el Vaticano II. Esto se pone en evidencia cuando se reflexiona, por ejemplo, sobre la contestación de los Padres y con qué franqueza la expresan. Si las fronteras entre la Iglesia y el mundo desaparecen, no se ve bien dónde situar una forma de vida que -como es el caso de la Vida Religiosa- pretende definirse mediante una cierta separación de las realidades mundanas. Lo que a primera vista sorprende, pero que se explica por todo el contexto de la renovación de la teología de las realidades terrenas, es que las objeciones hechas a la Vida Religiosa provienen, con más frecuencia, del interior mismo de la Iglesia; se teme que sea una evasión de responsabilidades, un negarse a entrar seriamente, con valor y sinceridad, en las estructuras más realistas del mundo. Tengamos en cuenta que en los tiempos de las grandes orientaciones misioneras, esta inquietud se manifestó a menudo bajo formas más agresivas de las que nosotros conocemos. La Vida Religiosa en una Iglesia que no ha definido todavía con exactitud su auténtica relación con el mundo y que fluctúa entre lo que suele parecer un complejo de culpabilidad y un deseo de "no perder otra vez el tren" puede parecer a muchos difícil y complicada. Después de una conferencia, un conocido pastor protestante nos hizo la siguiente objeción, objeción que expresa muy bien la mentalidad de hoy en algunos ambientes: "En estos tiempos de crisis de fe y de profunda inseguridad entre los creyentes, ¿cómo podría realizarse una encarnación en los verdaderos problemas del mundo si los elementos cristianos generosos se orientan hacia la Vida Religiosa en una forma semejante como es la de los Institutos Seculares? Aunque la Vida Religiosa sea por sí misma en la Iglesia un bien digno de aprecio ¿no sería conveniente, en consideración a un mayor bien eclesial, colocarla entre paréntesis durante algunas décadas y darle preferencia a la vida bautismal

⁴ De la Revista "La vie des Communautés Religieuses" - 1969. Traducido de la versión en portugués publicada en *Grande Sinal*, Mayo 1970. Tradujo: Sor Escolástica Pasman, osb. Abadía de Santa Escolástica - Bs. As. Argentina.

habitual? Objeción bastante simplista a nuestro modo de ver, pero reveladora de una mentalidad reinante.

En el conjunto del Pueblo de Dios, se da una revalorización de la vocación del laico en el mundo, ligada a un redescubrimiento del sentido evangélico del matrimonio, que converge con la impresión recién mencionada. Estamos lejos de aquellos tiempos en que se creía que la vocación cristiana más generosa era la vocación religiosa. Varios religiosos lúcidos se sienten constreñidos cuando comparan su vida diaria con la de sus amigos casados o militantes ¿Acaso no es algo absurdo llevar una vida al abrigo de las grandes luchas por la vida y por el Evangelio? Su virtud, ¿es siempre un compromiso activo con el Señor, o es simplemente una búsqueda prudente de perfección personal? Tanto más cuanto que la mayoría de las obras sociales o humanitarias que en otros tiempos asumían las comunidades -realizando una obra supletoria, a veces heroica- son ahora asumidas por el Estado. Entonces se pregunta: ¿los religiosos son útiles aún? ¿realizan todavía el ideal cristiano de valor y de servicio, aún cuando estas obras tradicionales de beneficencia hayan perdido su utilidad? ¿Es acaso humanamente honesto limitarse a un tipo de actividades secundarias en el logro de su verdadero estatuto cuando tantos campos se ofrecen al compromiso de los fieles? ¿Y la formación de un verdadero hogar cristiano no tendrá para el futuro del Evangelio consecuencias más tangibles y concretas que algunas ocupaciones secundarias que tienen a veces la apariencia de un pasatiempo? A esto se añade una “contestación” casi universal de todo estado de vida construido en torno a una estructura autoritaria. En algunas ocasiones se resiste con violencia a todo cuanto parece frenar la libertad individual y el desarrollo pleno de las intuiciones personales. Lo que sublimamos se apoya en el hecho de haber descubierto de nuevo el lugar de los carismas en la vocación cristiana y la nueva valorización de la interioridad de la ley evangélica. Sin embargo, la Vida Religiosa tradicionalmente y sobre todo desde algunos siglos, se presenta como el tipo clásico de una sociedad fuertemente centralizada, girando en torno a la obediencia a una autoridad suprema, estrechamente ligada a su vez a la autoridad de Roma. Es necesario reconocer que debido a un proceso muy largo pero firme, la flexibilidad de los comienzos y “la alegre libertad de los hijos de Dios” se fueron endureciendo, mientras que una cierta forma de autoritarismo encontró en las comunidades un terreno privilegiado en el cual todo podría tender a robustecerlo. Las propias comunidades en este punto reaccionan. Pero a pesar de la buena voluntad y de los textos oficiales, -aún los conciliares-, los antiguos atavismos persisten. De ahí proviene la impaciencia de muchos, que viviendo el espíritu de su tiempo están cansados de esperar reformas; también el temor de aquellos y aquéllas que, aunque deseando entrar en una comunidad, no se atreven a ello por miedo a verse defraudados. Los jóvenes sobre todo se muestran inquietos al respecto. Prefieren esperar u orientarse hacia otra parte. Y he aquí que por todas partes, aún dentro de los ambientes eclesiásticos se ataca al celibato, en el cual varios teólogos (en forma que por otra parte no nos parece fundamentada) desean ver el fundamento casi exclusivo y primordial de la “Vida Religiosa”. Artículos de revistas de gran tiraje, declaraciones atribuidas a personalidades conocidas, confidencias de padres y de religiosos presentadas con habilidad por la prensa, o la televisión, -estudios que no distinguen debidamente la diferencia entre el caso del celibato sacerdotal y el del celibato religioso- se esfuerzan por proclamar que el celibato” en vistas del Reino de los Cielos” se convierte, frente al ideal cristiano de santificación y a la misión del Evangelio, más en un obstáculo que en una ayuda; que es “una violencia impuesta a la naturaleza, y cuya legitimidad no se sabría demostrar”. Por otra parte nuestro mundo erotizado no deja de ser una provocación a esta castidad frágil y de ponerla a prueba. Lo cual sólo puede dar más crédito a los que no la toman en serio.

¿Serían entonces los Religiosos y Religiosas piezas de museo de una cierta concepción del ser cristiano ya desaparecida para siempre? Su renuncia a vivir de manera corriente la vida bautismal, las alegrías y responsabilidades de la vocación al matrimonio, a los compromisos con las estructuras del mundo sería acaso una pura ingenuidad y un rechazo retardatario a mirar bien de frente las exigencias del Evangelio para los tiempos en que vivimos?

Malestar interno en las propias comunidades

Piezas de museo... Es necesario reconocer que la situación sobre este punto ha evolucionado considerablemente. Hasta no hace mucho tiempo algunos Religiosos y Religiosas podían creer que causaban esa impresión cuando se velan en el espejo con hábitos de otro siglo, incómodos a veces, y que contribuían bien poco a la búsqueda de la perfección evangélica. Pero en la mayoría de los países este problema no existe más. Se ha roto también con todo un formalismo de actitudes artificiales privadas de autenticidad. En todas partes, algunos Religiosos y sobretodo Religiosas, piensan que a pesar de todo, la vida comunitaria no ha conseguido liberarse enérgicamente de un conjunto de métodos, maneras de proceder, relaciones interpersonales, que se remontan a un pasado definitivamente superado. Al final de un Capítulo de "aggiornamento" una Superiora nos decía: "Nosotras tenemos la impresión de estar estirando un elástico al máximo hacia adelante, pero que no obstante queda irremediamente sujeto a un clavo puesto en un pasado bien lejano y del cual no se puede liberar". De ahí los descontentos. Ciertamente que este malestar en general va acompañado de críticas lanzadas a menudo con una gran falta de realismo y que pueden parecer bastante superficiales. Para muchos, el bosque oculta los árboles.

Pero es necesario reconocer que la Vida Religiosa fue marcada por una ley de estancamiento interior, de la cual logra liberarse penosamente. En los últimos siglos la multiplicación de nuevas congregaciones se debió al inmovilismo de viejos institutos, duros para moverse en vista a nuevos objetivos. En lugar de renovarlos, resultaba más sencillo recomenzar sobre bases nuevas. Aún hoy, a pesar de los textos conciliares, de las instrucciones de Roma y de toda la buena voluntad con que se trata de hacer progresar las estructuras inadaptadas, en muchos ambientes de Religiosos y Religiosas no se consigue dar el primer paso que traería consigo el deseado progreso.

Este peso de inmovilismo irrita a los impacientes y su prolongación los desanima. O bien, dejan la Vida Religiosa, o, aprovechándose de la situación, llevan una existencia religiosa irregular que, para poner a salvo su tranquilidad de conciencia, califican de "profética" lo cual no siempre lo es. Piénsese por ejemplo en este plano en los difíciles problemas de pobreza. Muchos religiosos descubren el sentido profundo del testimonio de una vida pobre y compartida. Sueñan con una existencia simple, despojada, que los volvería a vincular con la gran tradición de los orígenes, en que al ser mínimas las estructuras, podían respetarse las grandes leyes evangélicas de hospitalidad y de ayuda a los miserables. Pero ¿qué se puede hacer con esas construcciones inmensas que ellos poseen, con esas instituciones que colocan sobre los hombros cargas financieras muy pesadas, de las cuales no se pueden liberar de golpe; de esas Casas Generalicias que, lejos de ser un testimonio de vida pobre parecen ser a veces (al menos exteriormente) mansiones de gente rica, levantándose como un desafío o una provocación en plena zona obrera de los suburbios de Roma? El peso del pasado se convierte aquí en una carga muy difícil de llevar y de la cual los mismos superiores sienten el peso. Al volver de una visita a una fraternidad de las Hermanitas de Jesús, la Superiora General de una comunidad numerosa, nos hacia hace poco esta confidencia: «Cada vez que vuelvo de esta casa me siento torturada por una pregunta: ¿Cuándo podrá mi Congregación volver por fin a la simplicidad? ¿Qué hacer para que pueda volver?... Y cada vez solamente encuentro una respuesta: "¡Ay de nosotras...! Detrás nuestro tenemos, una historia"».

El problema aún más tenaz y más sentido, sobre todo en las comunidades femeninas, es el de una cierta regimentación. En el pasado mucho se confundió el hecho de pertenecer a una comunidad con la uniformidad. La persona se encuentra desde el desayuno hasta la noche rodeada por relaciones comunitarias, algunas veces bastante agradables y, otras, bastante pesadas. Resulta difícil poder disponer de un lugar más privado donde distender los nervios y, donde el espíritu pueda a su vez, encontrar gusto en esa forma privilegiada de contemplación cristiana que es el diálogo silencioso con el Señor. Pensemos por ejemplo en la vida diaria de

las Religiosas educadoras en las escuelas primarias, en contacto desde la mañana hasta la noche con niñas bastante bulliciosas; obligadas a consagrar un tiempo largo a correcciones sin interés; y debiendo después de esto rezar en común, meditar en común, recrearse en común, sin posibilidad de escapar de esta obligación también ellas. Como toda mujer, quisieran por lo menos de tiempo en tiempo, tener no por egoísmo, sino por necesidad y un momento solas para distenderse, escapando de la red comunitaria. Las superiores comprenden esta necesidad porque ellas también la sienten. Pero son impedidas por el problema de una disciplina que tienen que mantener, por el temor de implantar un desorden. Adentrémonos aún más en el corazón del problema. Decíamos que nuestro mundo tiene sed del respeto a la responsabilidad de la persona. Pues bien, esta sed penetra en los conventos y en los claustros, donde puede muy bien conciliarse con una obediencia bien comprendida y situada respecto de la integridad del Evangelio: esto siempre que los súbditos y los responsables están decididos a vivir el Evangelio sin fraude, lo cual no siempre ocurre en ciertas reivindicaciones. Pero ¿qué hacer cuando a pesar de la buena voluntad de los superiores, las estructuras exigidas por las dimensiones del Instituto o por sus compromisos eclesiales filtran sin cesar la respuesta a este llamado? Muchas veces las comunidades tienen las manos atadas por compromisos concretos. Y estos son imperativos. Demos un ejemplo. Puede suceder que jóvenes religiosos de un Instituto misionero deseen ardientemente comprometerse para ir a ciertas regiones de África donde todavía no se ha establecido contacto con un testimonio evangélico explícito o donde éste ha llegado en una forma meramente accidental. Pero sucede que el Instituto ya tiene con los episcopados nacionales obligaciones a las cuales no tiene derecho a sustraerse de inmediato: la dirección de tal seminario o de tal parroquia urbana de una gran ciudad africana. ¿Qué hacer? ¿Designar para esos lugares a los religiosos de más edad? Es poner en peligro, y gravemente otro plano de evangelización. ¿Pedir a los jóvenes un poco de paciencia? Es correr el riesgo de estancar fuerzas apostólicas necesarias a la comunidad. Estas situaciones, que se multiplican, no hacen sino aumentar el malestar sobre todo donde, poco a poco, se ha ido levantando un muro de silencio, por falta de diálogo y de comunicación, entre las distintas generaciones. Sin embargo la experiencia demuestra que el diálogo y la intercomunicación no se establece por arte de magia. Es necesario al comienzo, tener un deseo grande y unánime de una búsqueda en común - en un clima de confianza mutua- en la que todas las generaciones deben sentirse comprometidas y acogidas.

Se debería también establecer un clima de entera franqueza en las relaciones entre superiores y religiosos. Pero, sobre este punto el largo atavismo de los siglos nuevamente nos ha dejado su marca, y no es fácil deshacerse de ella. Una fuente importante de descontento reside en la forma en que en algunos medios, se hacen las indicaciones y se deciden los cambios de personal. Sin duda, aquí también se hicieron progresos considerables, pero sucede que las razones oficialmente expuestas no son las verdaderas y que los contactos con los religiosos afectados resultan un puro formalismo. Toda una red de habladurías y de engaños juegan el papel esencial. Reflexiones como éstas, oídas de labios de superiores, al finalizar los consejos provinciales, y dichas a los interesados, acusan en su tono de humor negro una mentalidad aún reinante: Ahora será necesario convencer a Fulano de que éste es el puesto que él deseaba". "Ahora, que la decisión ha sido tomada, necesito dialogar con los interesados para descubrir con ellos la voluntad de Dios a su respecto. Muchos Superiores y Consejos se consideran todavía, aún cuando no lo digan oficialmente, como los fabricantes de la voluntad de Dios. Esto es una odiosa caricatura de la verdadera obediencia religiosa y del auténtico servicio que es la autoridad. Es comprensible entonces que una orden de este tipo se cuestione y que se pregunte qué valor tienen las grandes declaraciones sobre el diálogo. Muchos jóvenes no rehúsan obedecer. La mayoría de ellos están dispuestos (y ellos lo demuestran tanto como sus antecesores) a grandes sacrificios. Pero rechazan algunos de los motivos que se les dan y "contestan" la forma en que muchas veces se toman las decisiones. Su "contestación" coincide frecuentemente con la búsqueda de la verdad en las relaciones humanas requeridas por el propio Evangelio. Esta se opone a toda clase de mentira aunque se la disfrace de virtud.

Pero seamos sinceros y no disimulemos la verdad. La fuente más importante del malestar se sitúa en un plano muchísimo más grave. Frecuentemente los motivos que se dan, esconden una crisis de fe. Los propios religiosos llegan a dudar de su vocación. Esto explica que a menudo las formas de renovación propuestas o puestas en ejecución en algunos medios se limiten no a una vuelta a la letra del Evangelio y a su radicalismo, sino simplemente a concesiones bastante amplias, hechas a una forma aséptica de vivir la vida cristiana. Se confunde a veces “buscar la forma que debe asumir hoy la vida religiosa con un “tratar de hacer como todo el mundo”. En vez de trabajar por liberar lo que es esencial en la vida religiosa, despojándola implacablemente de todo lo que es accesorio y de un sin fin de pormenores o de normas secundarias que nada tienen que ver con ella y que la tornan insoportable, esta esencia es embotada. ¿El resultado? Un peso abrumador que, sofoca el espíritu, corre el riesgo de ser sustituido por un estilo de vida tan mediocre e insignificante que no tiene ya más fuerza para atraer a un hombre o a una mujer deseosos de darse a algo grande y que valga la pena, La entrada en la Vida Religiosa no se puede confundir con la entrada en un club de célibes o de buenos compañeros. ¿Se piensa siempre en esto?

La cuestión es seria. Se resume esencialmente en la repercusión dentro de las comunidades, de una crisis sentida hoy en todos los niveles de la vida eclesial. El cristianismo contemporáneo busca encontrarse a sí mismo, y no es preciso ocultar, por motivos pseudo-optimistas, las tentaciones y dimisiones que todo esto puede traer consigo. Donde se extinguen los rasgos característicos es fácil buscar “ser como todo el mundo” y contentarse con una nivelación vagamente irónica. Las religiosas.. en lo que las concierne específicamente no pueden reformarse verdaderamente -pues se trata de una reforma, y no de “sacudir simplemente el polvo”- a no ser que sepan darse su verdadera cédula de identidad, su definición propia en la Iglesia. De lo contrario ¿para qué serviría? Corren el riesgo de hundirse en un integrismo aferrado al pasado y privado de toda audacia, o de disolverse en una mediocridad sin envergadura, satisfecha con un mínimo. Muchos religiosos al “contestar” su vida religiosa, “contestan” a menudo, sin darse cuenta, su propia adhesión al Evangelio. Estos son algunos sondeos sobre la situación actual. Hubiéramos podido enfocar otros muchos aspectos, pero lo que hemos dicho es suficiente no obstante para hacer percibir el motivo de tantas decepciones y muchas veces de sufrimientos que no cesan de acumularse.

Hemos evocado aquí solamente los trazos más sombríos de la “Vida Religiosa”, porque el tema propuesto a nuestra reflexión así lo pedía. Pero, después de lo dicho faltaríamos gravemente a la verdad si olvidáramos la cantidad de Religiosos y Religiosas que encuentran en su vida una alegría profunda que los colma. Como de ordinario estos Religiosos felices y realizados no aparecen en los diarios ni en los programas de televisión, la opinión pública los ignora y llega a juzgar la situación a la luz de las críticas de los descontentos. Y allí precisamente está también una de las causas del malestar actual: un tipo de presión ejercida sobre la opinión pública a favor de declaraciones simplistas y ásperas hábilmente explotadas. Muchísimos Religiosos nos confiesan que su profesión religiosa les basta para colmar su deseo de un don total al Señor y a los hermanos. Y nosotros conocemos institutos y conventos donde reina una gran generosidad y alegría.

Cómo no reaccionar con energía cuando en un diario de gran tiraje se leen por ejemplo, estas líneas firmadas por un eclesiástico: “Las Religiosas ya no pueden alcanzar un nivel de mujeres adultas y todo les impide comprender el sentido de sus responsabilidades personales”. Claro está que la Vida Religiosa masculina y femenina, tiene sus problemas (ya los recordamos). Algunos son graves. Pero, ¿en qué estado de vida humana no existen las dificultades, las crisis y las situaciones complejas? Es necesario entonces, si se trata de un creyente adulto, no dejarse envolver por las dificultades o sino por el contrario tratar de salir de ellas por medio de la fe y el valor. Son numerosos los Religiosos y Religiosas que se entregan con valentía a su trabajo y que en esto encuentran su alegría. Gracias a Dios la savia religiosa no se ha estancado. Hay energías poderosas que siguen desarrollándose en un deseo sincero de servir al Evangelio.

Las grandes líneas del retorno a las fuentes

Por todas partes se levantan numerosas señales de esperanza y, si el cuadro que esbozamos puede parecernos pesimista, debemos confesar que cuando lanzamos una mirada realista y lúcida sobre el conjunto de la situación, considerada ahora, no bajo el ángulo de la “contestación” sino en el de las enérgicas sacudidas que la trabajan, nos inclinamos, por el contrario, hacia el optimismo. Un optimismo realista que no ignora las dificultades y los riesgos de un fracaso, pero que no se detiene en los pormenores de los problemas sino que prefiere abarcar el conjunto de la situación para juzgarla. En la Iglesia, el grupo que se lanzó con más valor y audacia en la difícil tarea de la reforma de las instituciones, fue sin duda alguna el de los Religiosos y Religiosas. Habiendo participado en una sesión de trabajo de las Superiores Generales en Roma, personalmente nos impresionó la calidad y profundidad del trabajo realizado en pocos años, y que ya entonces era palpable.

Hablábamos más arriba de la necesidad que tiene la vida religiosa de obtener su propia cédula de identidad. Esto es, a nuestro parecer el primer esfuerzo de recuperación al que todos se deben consagrar. Los religiosos deben descubrir que, ante todo, ellos deben ser signos. En todos los ambientes se comienza a cuestionar el mito de la eficacia por la eficacia. El religioso es aquel que, por una forma especial de vida, centrada sobre los valores de lo absoluto del Reino de Dios, quiere manifestar y vivir de una manera especial el hecho de que: en la Pascua del Señor Jesús, el Reino escatológico ya fue ofrecido a los hombres como en prenda, pero sin embargo realmente.

La Vida Religiosa antes que ser un problema de acción, es una cuestión que concierne a la existencia, a la manera personal de realizar el ser hombre.

Esto es lo que muchas veces se olvida. La acción del religioso sólo encuentra su matiz propio y su papel específico a través de su enraizamiento en una vida orientada hacia un reconocimiento realista (en un corazón y una carne hechas para amar, para poseer, para gozar de la vida) del valor trascendente del don hecho por el Espíritu Santo en Jesucristo, don éste que llamamos corrientemente la gracia de Dios. Ella se define esencialmente como una vida de fe y una vida en la fe. La distinción, cada vez más admitida, entre “comunidad de vida” y “equipo de trabajo” nos parece muy prometedora.

En el “equipo de trabajo”, el religioso -en comunión con los laicos, con otros religiosos, y tal vez con los no-creyentes- busca todo lo que puede dar a su acción su plena eficacia, dependiendo para ello, la mayoría de las veces, de responsables que no son de su comunidad. Es su profesión como hombre o como mujer, con todos los lazos de amistad y camaradería que ella crea. En esta red de comunión humana, su acción apostólica y su testimonio logran inscribirse con toda verdad.

En la “comunidad de vida” el religioso encuentra a sus hermanos, un clima de búsqueda en común del Señor, de oración, de participación en la pobreza. Allí, en alguna forma, él se concentra sobre la llegada del Reino de Dios, dentro de una vida fraterna que trata de realizar en su escala, el ideal de “comunión” que es signo de la Pascua y de la cual los Hechos de los Apóstoles nos trazan las líneas esenciales; comunión que no es ya únicamente la del trabajo y de las preocupaciones de la acción, sino también de los bienes, del testimonio apostólico, de las aspiraciones, de las alegrías, de la oración, de la búsqueda de la voluntad del Padre. Compromisos y vida personal se encuentran así en ósmosis.

Pero es preciso también que lo que el Religioso realiza con su forma especial de vida evangélica, aparezca como destacando la manifestación intensa de la realidad que todos los bautizados viven en la profundidad de su ser de fieles. Este punto bastante olvidado nos parece radical. La Vida Religiosa opera analógicamente con relación a las virtudes evangélicas como la

radiografía con respecto a los huesos del organismo: la carne y los tejidos no se han separado pero sólo aparecen los huesos. Así, igualmente los valores escatológicos del Reino están presentes y activos en todos los bautizados, pero en simbiosis con otros valores -también evangélicos- que no permiten dar a aquellos su pleno relieve. La Vida Religiosa, por la renuncia a estos valores relativos, o por haberse separado de ellos, y por haber concentrado las energías de la existencia en los valores absolutos, da a estos últimos su pleno relieve. Los demás cristianos pueden entonces percibir con mayor claridad la realidad que *también habita en ellos*. Pero es evidente que para que puedan percibirla, conviene que entre quienes son Religiosos y Religiosas y quienes no lo son exista el diálogo y la comunicación. Abordamos aquí un punto que en el pasado los Religiosos descuidaron bastante. Las comunidades se cerraron mucho sobre sí mismas y no se relacionaron, en tanto comunidad, con los demás cristianos. Tan es así que, ignorando realmente en qué consistía la vida que transcurría detrás de los muros de los monasterios y de las casas religiosas, no les resultó fácil percibir en ella un valor de signo. Pero la renovación de la pastoral de conjunto y la colaboración en todos los planos con los demás cristianos, así como los “equipos de trabajo” favorecen actualmente una evolución en dicha situación. Los religiosos -pero con la condición de que ellos sean lo que deben ser y no se transformen en híbridos- tienen también una oportunidad privilegiada para desempeñar plenamente el papel para el cual el Espíritu los destina: ser frente a los otros cristianos signos del “ya” del Reino de Dios sembrado desde la Pascua de Jesús en el destino de los creyentes. El diálogo, confrontación con los cristianos comprometidos, y el compromiso al lado de los militantes, son sin duda alguna, en un mundo que “contesta” el Evangelio, un aguijón que los incita a reflexionar sobre su vocación y la forma de realizarla. Y, si son fieles, percibirán que su fidelidad, yendo más allá del cuadro de su propia existencia, sustenta la esperanza y el valor de los demás creyentes; en sentido inverso, en el ejemplo que algunos esposos les dan con sus luchas a veces heroicas, encuentran ellos una fuente de energía evangélica.

Hablamos de fidelidad, ¿Es necesario acaso subrayar que ella debe ser realista? y esto en todos los planos? Por ejemplo, en nuestro mundo del siglo XX, no se puede pensar más en vivir la castidad dentro de una perspectiva de preservación o de temor. El religioso y la religiosa llamados a trabajar cada vez más fuera de sus casas religiosas, con otros cristianos, incluso con no creyentes, deben estar en contacto con personas de otro sexo, no pueden ser entonces hombres y mujeres que no han resuelto todavía su crisis de adolescencia o arrastrando toda la vida una inmadurez que los hace incapaces de superar la invasión de todo el horizonte por lo sexual. Debe ser encontrado un nuevo tipo de formación de la castidad.

Por una parte es cierto que el Religioso y la Religiosa, no pudiendo de ninguna manera renunciar a su ser sexuado y evitar reaccionar ante el sexo opuesto como reaccionan un hombre y una mujer normales, tendrán que aprender a vivir su voto de celibato con lucidez. Dígase lo que se diga, si el hombre o la mujer en cuestión son seres normales, el celibato trae consigo gran parte de sufrimiento: el corazón y el cuerpo del Religioso permanecerán durante toda su vida, un corazón y un cuerpo hechos para amar y ser amados en la forma plena del amor humano, el del hombre y el de la mujer.

Es inútil y grotesco, bajo pretexto de desarrollo, tratar de disimular esta parte de pobreza y de punzante sufrimiento. El Religioso debe aprender a vivir con ella y ser lo bastante adulto, como para no cuestionar su compromiso cuando, siente en él la mordedura de esta pobreza. Ella forma parte del “signo” del “don de sí a pesar de todo” lo absoluto del Reino de Dios. Por otra parte esto exige que el momento de la profesión religiosa de cada persona no se determine automáticamente, sino que el ritmo propio de cada persona sea escrupulosamente respetado. La Instrucción de enero de 1969 abrió sobre este punto perspectivas que es necesario saber ahondar, en diálogo, con la Congregación de los Religiosos, la que se ha mostrado algo intranquila al respecto.

La obediencia debe a su vez también tornarse realista. Muchos dramas desaparecerán el día en que se comprenda que es necesario distinguir escrupulosamente varios grados de obediencia en

el interior mismo de la Vida Religiosa; que no todos ellos tienen la misma importancia que, muchas veces, por detenerse en grados secundarios, se corre el riesgo de perder gravemente de vista planos esenciales. Puede dejarse al religioso todo un margen de iniciativa sin que su voto de obediencia se vea comprometido. Cada vez más la distinción entre “comunidad de vida” (donde interviene la obediencia formalmente religiosa) y el “equipo de trabajo” (donde interviene la conciencia profesional, el espíritu de solidaridad y la competencia profesional) conducirá a distinciones saludables: los superiores no tienen que inmiscuirse en cuestiones relativas al trabajo profesional y, desde el momento que se admite (en la obediencia religiosa) que un miembro de la comunidad se comprometa en un determinado tipo de actividad, ellos deben permitir que los responsables de tal actividad puedan ejercer plenamente sus obligaciones en el sector que les pertenece. Si mis superiores religiosos aceptan que yo entre en tal equipo universitario, ellos deben respetar las normas de vida universitaria y no, por ejemplo, oponerse a un año de estudios complementarios que mis tareas universitarias me exigen: desde el comienzo esto se encontraba de por sí implicado en el permiso dado. Que se nos permita transcribir aquí la reflexión de un director de personal de una escuela universitaria: “Diga a los responsables de los Religiosos y Religiosas que nosotros antes de incorporar a uno de ellos, siempre dudamos por temor de que una transferencia o una negativa a estudios complementarios los saquen justo en el momento en que se encontrarían preparados para prestarnos un mayor servicio”.

Pero existe el reverso de la medalla. La obediencia religiosa exige que los religiosos no sean personas miopes, egoístamente apegados a su “realización personal” y a su “plena promoción humana” olvidando que se dieron al Señor para servirle a Él y también a sus hermanos en una búsqueda común de la voluntad de Dios. Es grotesco y afligente ver un Religioso o una Religiosa de edad madura cuestionar su compromiso y pensar en dejar su comunidad donde hasta entonces fueron todo lo felices que se puede ser en una vida de este tipo, la que comporta duras exigencias y no es una “dolce vida”: y esto por haberseles rehusado tal permiso o tal información. Toda vida que vale la pena de ser vívida tiene su parte de disgustos y decepciones. Los religiosos son bastante ingenuos en la mirada que echan sobre la existencia que transcurre fuera de los claustros y comunidades, imaginándosela de “color de rosa” y apacible, cubierta de flores. Un poco de realismo les enseñaría que en cualquier lugar es necesario obrar con valentía y que de nada sirve impacientarse con sus problemas personales. Muchos malestares se curarían con un poco de buen humor...

Queremos enfocar un último punto: la competencia profesional y el compromiso de los Religiosos en instituciones no eclesiales. Con mayor frecuencia, las instituciones que fueron tradicionalmente de la Iglesia -escuelas, hospitales, hospicios, orfanatos- han sido asumidos por el Estado. Además de esto, muchas Instituciones por falta de recursos se ven obligadas a cerrar sus puertas. ¿Deberíamos entonces llegar a la conclusión de que tenemos que renunciar a las Religiosas hospitalarias o educacionistas, a los Hermanos educadores, a los Religiosos profesores en las Facultades? Sería un error grosero. Sobre la base de su competencia, los Religiosos y Religiosas deben hoy comprometerse en las Instituciones del Estado no confesionales para ejercer allí su profesión. Su testimonio encuentra un nuevo campo de irradiación que sólo puede traer nueva fuerza a su vocación religiosa. Contactos con otros trabajadores, verdadero diálogo con hombres y mujeres angustiados en su fe y en la búsqueda del Señor, conocimiento realista de la vida y de sus problemas, de lo cual tendrá un beneficio “la comunidad de vida”, lazos de amistad verdadera con los y las militantes, a quienes se aporta el carisma de la vida religiosa. Es bien conocida la observación, ya muy difundida, del director de un hospital francés, cristiano no práctico, a la Superiora General de una Congregación hospitalaria: “Déme Ud. ese tipo de Hermanitas que tuvimos hace un año y mi personal se transformará; conquistaron a todo el mundo, incluso a mí”. Esto exige, evidentemente, que los religiosos en cuestión sean por un lado, realizados y alegres, y por otro, que no tengan miedo de revelar su identidad religiosa. Esto no quiere decir que deben llevar el hábito religioso, por más simplificado que esté, donde su uso no sea oportuno; ¡el hábito no hace al monje!

Uno se sorprende ante la turbación de ciertas Hermanas al confesar, cuando se les pregunta, que son religiosas. ¿Por qué ese casi complejo de inferioridad? Ciertamente que no es preciso publicarlo haciendo alarde de ello, pues la discreción constituye una forma privilegiada de toda presencia apostólica. Tampoco es necesario confesar en el momento del contrato su condición de religioso o de religiosa donde no es requerida: esta identificación no tiene nada que ver con la competencia profesional. Pero, cuando a lo largo de un cambio de ideas y bajo el influjo de una cierta simpatía surge la pregunta, no es honesto (frente a sí mismo y a los demás) rehusar identificarse. El título de Religiosa no es una tara que se quiere esconder, ni una realidad agobiadora que se quiere hacer perdonar. Donde una persona despertó simpatía y aportó al ambiente valores positivos, la revelación de su profesión religiosa sólo puede, a pesar de la sorpresa que a veces puede causar, testimoniar el nombre de Jesucristo. Y es para esto justamente que somos religiosos. Rehusar a comprometerse personalmente con su profesión religiosa a fin de transar con el ambiente es, de hecho, manifestar implícitamente que no se cree en su valor.

Conclusión

Entre los religiosos existe hoy mucho sufrimiento y mucha inquietud, La Pascua del Señor Jesús nos muestra sin embargo que en un sufrimiento asumido con lucidez y con una decisión firme de remediar las situaciones que lo provocan, aparece siempre el germen de la Resurrección. Y es fácil percibirlo por la forma en que las comunidades van superando las dificultades de la vida. Esto a condición de que sean tales y no concesiones a una facilidad mediocre y vana, Puesto que hemos escogido ser sinceros, confesemos para terminar que, en los consejos que muchos sacerdotes y directores de conciencia dan a Religiosos y a Religiosas en crisis, se arriesgan a extinguir el Espíritu y se olvidan de poner a sus dirigidos frente a la totalidad del misterio Pascual: no es huyendo de los problemas ni orientando a las personalidades más destacadas fuera de la vida religiosa que se sirve al Reino de Dios. El Evangelio nos enseña que “el Reino de los Cielos sufre violencia y los violentos lo conquistan” (Mt 11,12). En este caso los verdaderos violentos son los que se quedan, no los que se van dando un portazo y que se creen así “profetas”.